

¡Que repiquen la paz y la libertad! Palabras de Javier Sicilia en Washington.

Washington D.C., 12 de septiembre de 2012.- Comienzo con unos versos de Thomas Merton: “[...] El mundo entero está [...] en llamas./ Las piedras queman,/ aún las piedras queman./ ¿Cómo puede un hombre aguardar/ o escuchar a las cosas quemándose?/¿Cómo puede atreverse a sentarse con ellas/cuando todo su silencio está en llamas?”

[...] The whole world is [...] on fire/ The stones/ burn, even the stones they burn me/ How can a man be still/ or listen to all things burning? / How can he dare to sit with them/ when all their silence is on fire?

Porque el mundo está en llamas a causa de la guerra contra las drogas, porque el silencio de los muertos de esta guerra está en llamas y pide que nos levantemos para detenerla y nombrarlos en el amor, en la paz, en la justicia y la libertad que les debemos, guardemos un minuto de silencio.

Hace 49 años, en esta ciudad, un gran estadounidense que he llevado como una luz durante toda mi vida, pronunció uno de los más hermosos discursos sobre la libertad. Ese discurso no sólo significó una luz de esperanza para los millones de afroamericanos que la Constitución, la Declaración de Independencia y la Proclama de la Emancipación del presidente Lincoln, habían traicionado. Significó también, al lado de las luchas civiles que lo precedían, la realización de lo que una buena parte del pueblo blanco de Estados Unidos les debía y aún, en muchas partes, les sigue debiendo: sus “derechos inalienables a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad”.

Esa Constitución y esa Independencia, que sentaba las bases de la democracia, hay que recordarlo, no sólo fue el legado que los padres fundadores le dieron a esta nación, se lo dieron también, antes que Francia, a América Latina y al mundo entero. Por desgracia, al igual que le sucedió a las poblaciones afroamericanas de Estados Unidos, los ciudadanos de América Latina hemos tenido que sufrir, bajo el auspicio de políticas estadounidenses fallidas que han generado todo tipo de dictaduras en nuestros países, las mismas traiciones

a esa herencia. Y al igual que los afroamericanos, nosotros también hemos tenido que salir a conquistar y defender lo que los padres de esta nación, al encarnar el pensamiento ilustrado, entregaron de bueno al mundo: la democracia y sus libertades.

Sin embargo, cuando dolorosamente habíamos llegado allí, cuando comenzábamos a encarnar, después de mucho sufrimiento, los fundamentos que los padres de esta nación redactaron en 1787, el presidente Nixon decretó a nivel mundial una guerra contra las drogas que a lo largo de 40 años ha traicionado nuevamente los principios de los arquitectos de la democracia republicana.

Hoy, bajo esa guerra, todos, negros, blancos, latinos, asiáticos, europeos, estamos sometidos al crimen, a la corrupción de los gobiernos, a los abuso del poder, a la segregación racial y a la destrucción de la democracia y los derechos civiles. Lo que debió ser tratado como un asunto de salud pública, ha sido equivocadamente tratado como un asunto de seguridad nacional cuyas consecuencias, como sucedió en los Estados Unidos durante la guerra contra el alcohol en los años veinte, ha destrozado a Colombia, está destrozando a México y a Centroamérica, y corre como una gangrena por el resto del continente y del mundo.

Cuarenta años después de decretada esa guerra, el consumo de la droga que ustedes querían erradicar, no ha bajado. Pero nosotros traemos en nuestro corazón y con nosotros mismos, hijos asesinados que jamás la habrían consumido, traemos hijos desaparecidos que nunca se acercaron a ningún dealer, traemos huérfanos y viudas que están desamparados, traemos jóvenes que —hijos de la miseria, porque el gobierno de México y de otras partes de América Latina gastan más dinero estadounidense en promover la guerra que en programas sociales— han encontrado refugio en el crimen y han terminado descuartizados, traemos migrantes que, a causa de la exacerbación del racismo que esta guerra ha traído, son tratados como delincuentes o desaparecen en territorio mexicano víctimas del crimen y de autoridades de migración corrompidas; traemos negros, latinos y blancos cuyas familias en Estados Unidos han quedado desamparadas porque sus padres purgan condenas por haberlos encontrado en posesión de unos gramos de droga; traemos miles de desplazados que han perdido sus hogares e incluso su patria; traemos miles de víctimas a quienes el ejército ha violentado sus derechos; traemos, en síntesis un país lleno de miedo en donde los derechos civiles se pierden día con día.

Detrás de cada uno de los adictos norteamericanos que consumen droga por un acto de su libertad, detrás de las armas estadounidenses que abastecen legalmente a nuestros ejércitos e ilegalmente a los narcotraficantes; detrás del lavado de dinero de sus bancos, en síntesis, detrás de esta guerra que el presidente Nixon declaró y que las sucesivas

administraciones de los Estados Unidos han continuado; detrás del acatamiento bovino que nuestros gobiernos han hecho de ella, están no sólo nuestros muertos, nuestros desaparecidos, nuestros desplazados, sino un crecimiento de la segregación racial en Estados Unidos, un aumento de la criminalidad y de la corrupción de los Estados de todo el mundo que está haciendo peligrar la cultura y la democracia.

Por eso, después de recorrer miles de kilómetros en México y en Estados Unidos, hemos llegado hasta aquí como hace 49 años lo hizo el doctor King y las comunidades afroamericanas, a cobrar también un cheque.

Cuando los padres fundadores de esta nación escribieron la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, firmaron de alguna forma también un pagaré del que no sólo los estadounidenses sino el mundo entero serían herederos. Pero con esta guerra contra las drogas que han instalado, lo han incumplido una vez más. En lugar de honrar la palabra de sus padres, la han traicionado diciéndonos con esta guerra que ese cheque carecía de fondos.

Pero nosotros nos negamos a creer que los padres fundadores de la democracia estaban equivocados; nos negamos a creer que la Constitución que firmaron, que defendieron y entregaron al mundo, no tiene fondos. Por eso hemos llegado hasta aquí con nuestra fatiga, nuestros muertos y nuestro sufrimiento a cobrar ese cheque y a pedirles que por amor a sus padres fundadores y a las libertades civiles que heredaron al mundo, terminen con esta guerra y hagan efectivo el cheque que, como lo dijo el reverendo King, “nos colmará con las riquezas de la libertad, de la seguridad y de la justicia” que esta guerra nos ha vuelto a arrancar.

Hemos venido también hasta aquí para recordarles a los Estados Unidos el urgente e impetuoso deber que tienen de detenerla ahora y de cambiar el enfoque de la droga por políticas de salud pública, de seguridad humana y ciudadana y de profundos programas sociales que nazcan de las comunidades y de los barrios. No pueden decirnos, como he escuchado decir a muchos blancos estadounidenses, que el problema y dolor que esta guerra ha desencadenado en México, en Centroamérica, en Colombia y en los barrios de Estados Unidos es asunto de los mexicanos, de los centroamericanos, de los colombianos, de los negros, de los latinos. Se equivocan, es un asunto compartido que tiene su origen aquí, en esta ciudad, en la Casa Blanca. Por eso hemos venido hasta aquí a decirles que ahora es el momento de que juntos defendamos las conquistas de la democracia, el momento de que juntos hagamos posible los cambios necesarios para hacer válida la palabra de los padres del republicanismo democrático; ahora es el momento de que juntos pongamos como prioridad del gobierno estadounidense y de los gobiernos del mundo, el camino hacia la paz que nos haga salir de las arenas movedizas del crimen, la violencia, la

injusticia y la tentación del autoritarismo que esta guerra ha generado como forma de vida, y caminemos juntos “hacia la roca sólida de la hermandad”.

Nosotros, a pesar del dolor que esta guerra nos ha infringido, no hemos hecho de nuestro sufrimiento un motivo para el odio y la derrota. Lo hemos transformado en amor y en una larga búsqueda de paz. Pero si ustedes no toman nuestro camino y pasan por alto la urgencia de este momento diciendo que esto no es asunto suyo, nos habrán dejado muy solos y un día también ese sufrimiento terminará por alcanzarlos.

Sabemos, sin embargo, que no lo harán. Sabemos, por todo lo que ustedes llevan de la nobleza de sus padres fundadores, que no nos dejarán solos, que tomarán el camino de la paz y la justicia con nosotros, y que se lo exigirán, como nosotros lo hemos hecho con el nuestro, a su gobierno.

Por ello, al igual que Martin Luther King y los miles de afroamericanos que hace 49 años se reunieron aquí, bajo la sombra de Abraham Lincoln, nosotros también, en medio de nuestras fatigas, de nuestros sufrimientos y batallas, hemos llegado hasta aquí con un sueño que se arraiga en el sueño que hace más de 200 años pusieron en palabras los arquitectos de la democracia.

Soñamos que juntos, blancos, afroamericanos, latinos, europeos, asiáticos, detendremos esta guerra y salvaremos la democracia y las libertades civiles que el crimen, las corrupciones de los Estados y de los señores del dinero y de la muerte están destruyendo a causa de esta guerra inútil.

Soñamos, que en Ciudad Juárez, en Tamaulipas, en Morelos, en cada uno de los rincones de México, de Centroamérica, de Colombia, en cada uno de los barrios de Estados Unidos, ningún hijo, ninguna hija, ningún padre, ninguna madre, serán asesinados, secuestrados, desaparecidos, despedazados, a causa de esta guerra absurda, y puedan caminar libres y seguros por las calles de sus patrias.

Soñamos con que la droga, que ha formado parte de la humanidad en todas las épocas y en todos los tiempos, y que el mercado ha convertido en consumo indiscriminado y ha deslegitimado, sea sometida, como un día se sometió el alcohol en este país, a las leyes férreas del mercado y de los controles de los Estados, para que su uso, que es parte de las libertades, se regule y el dinero que produce sirva para generar programas sociales.

Soñamos con que los gobiernos de todas partes persigan a cabalidad el lavado de dinero que la extorsión, el secuestro, la trata de personas y de órganos, generan, y que sus decomisos sirvan para limitar y castigar el crimen y resarcir a las víctimas.

Soñamos con que el presidente Obama o su sucesor en el próximo gobierno, ponga un cerco a las armas de exterminio y a su tráfico ilegal, y así salve no sólo a nuestro país de la violencia, sino también de este modo ponga fin a la profunda cultura de las armas que hay en Estados Unidos y a la corrupción y humillación que dicha cultura ha generado.

Soñamos que las fronteras se cerrarán a las armas, al dinero sucio y a la ilegalidad, y se abrirán a todos para que podamos sentarnos juntos en la mesa de la hermandad.

Sueño con que mi hija y mi nieto puedan volver algún día a México y saber que nadie los asesinará como un día asesinaron a mi hijo. Sueño con que los desplazados de esta guerra, que se encuentran en una indefensión absoluta puedan regresar a su tierra y con sus familiares, y saber que nadie les hará daño.

Tenemos un sueño.

Soñamos que un día los Estados Unidos Mexicanos, cuyo presidente instaló servilmente esta guerra contra las drogas y no ha dejado de escupir frases de desprecio contra las víctimas, se convierta con el nuevo presidente en un sitio donde las víctimas encuentren justicia y donde los jóvenes que están muriendo a causa de esta guerra o convirtiéndose en ejército de reserva de la

delincuencia, tengan un presente y un futuro humano y digno. Soñamos con que ningún migrante, ningún afroamericano pobre será ya criminalizado, despreciado y segregado por los prejuicios que esta guerra absurda ha generado.

Tenemos un sueño

Soñamos que juntos podremos salvar la democracia y darle un nuevo y más profundo cause, el de una democracia que ponga por encima de cualquier interés la dignidad y la libertad de los seres humanos.

Esta es nuestra esperanza. Esta es también la fe con la que durante un mes hemos caminado por territorio estadounidense y regresamos a México. Con ella encendemos una vela en la oscuridad que nos envuelve y aguardamos, en la esperanza, que muchas más se enciendan hasta que la luz termine por cubrir las tinieblas. Con esa fe, nos enseñó el reverendo King, podemos trabajar juntos y defender la paz donde la libertad y el bien florecen.

Por eso hoy, en que nos hemos levantado porque no soportamos ver que el mundo entero se incendia, pedimos que repiquen la paz y la libertad desde la blancura de Washington, que repiquen la paz y la libertad desde todos los barrios pobres de Estados Unidos, que repiquen la paz y la libertad desde los desiertos de Ciudad Juárez y de Tamaulipas, que repiquen la libertad y la paz desde las cañadas y los pueblos de Morelos, que repiquen la paz y la libertad en las montañas de Chiapas y en los pueblos indios, que repiquen la paz y la libertad en cada Ciudad de Colombia, de Centroamérica y de Brasil.

Cuando esta paz y esta libertad, que hemos traído con nosotros, repiquen en cada pueblo, en cada barrio, en cada ciudad, habremos entonces reencontrado el camino que esta guerra absurda y criminal nos ha hecho perder.